

## *El Ocio en el Mundo del Automatismo*

*Por Georges FRIEDMANN  
Director de la revista "Sociologie du Travail" París, Francia. Colaboración especial para el Número Jubilar de la Revista Mexicana de Sociología. Versión del francés por Angela Müller Montiel.*

VIVIMOS en un mundo en el que, a causa de los enormes progresos de la tecnología, los aspectos tradicionales del trabajo se han modificado profundamente; algunos ya han sido suprimidos y otros están en vías de desaparición o de transformación radical.

Recordemos, en primer lugar, que la duración media del trabajo individual por semana que, en los Estados Unidos, en 1860, era de cerca de 70 horas, ha pasado, un siglo después, a ser de 37 horas; para Francia, estas cifras son, respectivamente, de 85 y de 48 horas. Este movimiento que está lejos de haber terminado, no concierne solamente a la industria, sino también, diversa y progresivamente, al comercio, a todos los trabajos de oficina y aun a la agricultura que, bajo los efectos de la mecanización, según la expresión de Henry Ford, se vuelve cada vez más "una industria productora de alimentos" Abarca a todos los países económicamente evolucionados, cualquiera que sea su régimen, capitalista o socialista, sin excluir a la URSS, como he podido convencerme en el curso de varios viajes de estudios, el último de los cuales fue en 1958.

Pero no es sólo la duración de la jornada de trabajo, sino también, la sustancia del trabajo lo que se ha transformado. Los oficios del obrero tradicional, en que predominaban las tareas manuales, más o menos calificadas, dentro de algunas decenas de años no serán más que un recuerdo, por lo menos en la industria. Lo más notable es, para la masa de los trabajadores, la supresión progresiva de las tareas que exigen esfuerzo físico y particularmente manual. El obrero es, y cada vez lo será más, un operario que recibe y emite señales audiovisuales que mueven aparatos e instrumentos automáticos. El obrero semicalificado en

una cadena clásica de ensamblaje, en Detroit o en otra parte, puede ser considerado como un "botón" de la mecanización. Dejemos aparte el sector de las tareas de diversión cuya importancia estadística aún no ha sido establecida; actualmente el operador y el inspector de conjuntos automáticos es frecuentemente el botón de una mecanización muy avanzada pero aún imperfecta. La vigilancia ocupa, en algunos puestos de este género, cerca de 39 horas, de las 40 que se trabaja semanalmente.<sup>1</sup> Queda en total, una hora que las intervenciones que consisten en reacciones activas a las señales: registros de una lectura sobre una tabla, acción sobre las manecillas, botones, pedales, llamadas por *interfón* o por teléfono, etcétera. Sería necesaria otra palabra distinta a la de obrero para no confundir las tareas y responsabilidades de estos operarios con las de los obreros del pasado, que eran entre ellos muy diferentes por sus conocimientos y sus tareas, pero que estaban reunidos por la característica común de ciertas formas de acción más o menos calificada sobre los materiales, metales, madera, fibras, textiles, cuero, vidrio, etcétera.

La ocupación en el sector industrial ha disminuido notablemente en los Estados Unidos. Esta tendencia se universalizará y se acentuará con el desarrollo del automatismo de la industria a base de energía atómica o de las operaciones realizadas por telemanipulaciones con un mínimo de intervención humana que son muy numerosas. Hay que notar, además, que en las oficinas, el comercio y en el sector cada vez más vasto de los servicios (llamado sector terciario) el progreso de la mecanización y del automatismo tiende a transformar también, las tareas clásicas de quienes trabajan en esto.

Llegados a este punto, volvamos sobre el trabajo, hacia lo que se ha designado con este nombre en el curso de siglos y milenios y, guardándonos de idealizar el pasado, no olvidemos que las masas humanas han estado dedicadas a tareas serviles y embrutecedoras. De todos modos, es seguro que el trabajo tradicional ha desempeñado un papel considerable, desde el punto de vista del equilibrio personal de muchos individuos, de su satisfacción y su felicidad; papel que la psicología contemporánea ha sacado a la luz y que ha sido confirmado por aplicaciones venturosas realizadas por los psiquiatras, de diversas formas de terapéutica por el trabajo. Además, no es necesario ser psicoanalista o admirar sin reservas todas las teorías de Freud, para reconocer que él, más que ninguno de los pensadores modernos, llamó la atención sobre las virtudes del trabajo y particularmente sobre su valor equilibrante,

<sup>1</sup> Cook, P. G. *21 St. Annual Midwest Conference in Industrial Relations*. Chicago, May, 1955.

cuando ha sido libremente elegido y por consecuencia ocupa la personalidad de quien lo realiza. Los discípulos de Kurt Lewin, por otra parte, han demostrado la importancia de cumplir las tareas. Otras investigaciones sobre la psicología y la sociología del trabajo han demostrado los efectos nocivos de la privación de trabajo, en ciertas condiciones, para la personalidad del desocupado, del inválido o del jubilado.<sup>2</sup> Así, el observador de la sociedad, que está a punto de nacer ante nuestros ojos, tiene derecho a preguntarse, no sin inquietud, lo que será del hombre de mañana en un mundo de donde desaparecen las formas tradicionales de trabajo. Es cierto que concede crédito a la nueva tecnología (automatismo) por cuanto suprime cada vez más las tareas que durante mucho tiempo degradaron a millones de seres humanos. Concede todo su valor a la liberación posible que aporta a las masas. Sabe bien que, si una profesión adecuadamente elegida se cumple, en cambio, la desaparición de las tareas impuestas, parciales, repetidas durante horas, meses y años, es un bien que hay que proclamar en voz alta. Hay que enfrentarse a este hecho revolucionario del mundo de mañana y aceptar su desafío: para la mayoría de los hombres y mujeres empleados en tareas de ejecución, el trabajo, en el sentido tradicional del término, está en vías de desaparición.

Pongamos aparte el caso de las personas responsables en todos los niveles, de los jefes, de las tareas de reparación y de mantenimiento, de los técnicos calificados, de las profesiones liberales, cuyas responsabilidades frecuentemente también se transforman debido al progreso técnico y a la especialización siempre más adelantada. Sin entrar en detalles de evaluación estadística, que no tienen sitio aquí, está claro que la masa de los hombres (también en rápido aumento a causa de la presión demográfica, que es verdadera explosión en algunos países; no podrá dedicarse a estas tareas privilegiadas. ¿Cuál va a ser la vida de estas masas para las cuales el centro de gravedad de la existencia, las posibilidades de un éxito personal, no le encontrarán en el trabajo, sino fuera del trabajo? El "ocio", término genérico que hay que emplear con mucha prudencia, pues abarca las significaciones más variadas), puede reemplazar al trabajo como centro de gravedad, como centro de equilibrio psíquico y de satisfacción en la vida humana.

Estas son las inquietudes teóricas que se ofrecen actualmente al observador de la civilización industrial. Ahora hay que compararlas con

<sup>2</sup> Sobre los efectos nocivos del incumplimiento de tareas. Véanse las referencias que se dan en *Le Travail en Miettes*, pp. 111-112 y 318.

Sobre los de la privación del trabajo en sus diferentes formas. Ver. *ibid.*, pp. 218- y 333-334.

las realidades de conducta que se afirman ante nuestros ojos. Nos obligan a reconsiderar y en todo caso a acrecentar estos temores.

¿Qué es lo que vemos en la práctica de las sociedades industriales? Comprobamos que el tiempo que queda libre por la reducción de la semana de trabajo no es, en la mayoría de los casos, tiempo vacío, libre, disponible para cualquier cosa o para no hacer nada, el *far niente*; frecuentemente queda lleno por muchas ocupaciones, obligaciones, actividades, medio utilitarias y medio desinteresadas, o por trabajos complementarios que constituyen un segundo empleo. Las encuestas realizadas en la región parisiense han mostrado la importancia de las obligaciones domésticas, familiares, aducativas, profesionales que ocupan el tiempo libre. No insistiremos sobre los trabajos de casa que, en conjunto, toman menos tiempo al ama de casa de Nueva York, Chicago o Los Angeles, que a la de París, Londres o Frankfurt y admitimos que el equipo moderno del hogar las reducirá, cada vez más en el porvenir. Sin embargo, se comprueba la extensión creciente de actividades manuales que, según el caso, son más o menos desinteresadas, más o menos utilitarias y percibidas diversamente bajo uno u otro aspecto. Una encuesta realizada en Annecy, por M. Dumazedier, demuestra que el 60 por ciento de los obreros de esta población estiman que estas nuevas actividades forman parte del ocio, el 25 por ciento que son trabajos necesarios y el 15 por ciento participa de las dos respuestas.<sup>3</sup> La difusión en los Estados Unidos, sobre todo desde hace unos diez años de las actividades "hacerlo por sí mismo" es considerable.<sup>4</sup> Pero dudo que sus diversas significaciones hayan sido estudiadas por los psicólogos sociales y los sociólogos. La multiplicación de los cursos seguidos fuera del trabajo por empleados y trabajadores cuidadosos de conservar su trabajo o de mejorarlo, en un sistema de competencia en constante evolución, para readaptarse a los cambios incesantes de la organización y de la producción, es otra corriente importante, de la cual es manifestación el éxito obtenido por el Conservatorio Nacional de Artes y Oficios, de la Universidad Técnica de París, que imparte cursos por las tardes y los fines de semana y que tiene una treintena de centros asociados por toda Francia. Pero estos cursos, ¿pueden considerarse como ocio?

Esto por lo que se refiere a las actividades híbridas, obligaciones en parte utilitarias, que obedecen a ciertas formas de imposición y que ocupa una parte del tiempo liberado que con demasiada precipitación se ha

<sup>3</sup> *Vers una Civilisation de Loisir?* Paris, 1962, p. 31.

<sup>4</sup> "The Do-It-Yourself-Market" in E. Larrabee et B. Meyersohn (Ed.) *Mass Leisure*, The Free Press, Glencoe, 1958, pp. 274-281.

caracterizado íntegramente como ocio. Pero hay más. El tiempo liberado queda invadido, para un gran número de asalariados y aun de profesionales, por segundos empleos, y a veces, hasta por terceros. Hay que considerar las diferencias de motivación y de significación de este segundo empleo, según el grado de evolución económica del país en que se producen.

En los países económicamente muy evolucionados, las sociedades florecientes y sobre todo, en la que sirve de modelo, que son los Estados Unidos, la búsqueda de un segundo empleo para completar el sueldo principal corresponde a necesidades nuevas, surgidas, menos por necesidad económica, que por la preocupación de participar constantemente en nuevos géneros de vida, que están también en constante transformación: sobre todo en la clase media, cuyas fronteras son cada vez más extensas, que el "keeping up with the Jones",<sup>5</sup> por lo que se refiere a la forma de alimentación y las vacaciones, por la compra de una casa más cómoda, de un nuevo coche, de un televisor a colores, etcétera, es más frecuente. M. Galbraith indicó muy bien el fondo de la decoración económica y de sus actitudes en ciertos capítulos de su obra *Affluent Society*.<sup>6</sup>

Estudios como los de Harvey Swados, realizados en Akron, Ohio, han investigado localmente este fenómeno.<sup>7</sup> Otros, como los de Joseph S. Zeisel,<sup>8</sup> han evaluado su importancia en una escala nacional: 3.6 millones de personas, o sea el 5.3 por ciento de la población activa tenían más de un trabajo en julio de 1957 (cifras correspondientes en junio de 1950, 1.8 millones y 3 por ciento). Los trabajos extras en el comercio y en los servicios se han triplicado de 1950 a 1956, de 350,000 a un millón. M. Zeisel nota, a este respecto lo siguiente: "Gracias a que los ingresos van en constante aumento, las gentes pueden pagarse el ocio." Sin embargo, no es seguro que para todos los individuos, un ingreso creciente y la posibilidad de ofrecerse mayor descanso se traduzcan necesariamente en una demanda efectiva de más tiempo libre". En efecto, el rápido aumento del número de empleos extras, ha tenido lugar en el curso de un periodo de casi empleo pleno y de aumento de los salarios reales.

Además es notable (cosa que confirma la interpretación de las motivaciones que hemos bosquejado anteriormente), que el empleo doble está lejos de concentrarse en las capas de ingresos más elevados. Un censo ha mostrado que en la industria, el porcentaje de agentes mensua-

<sup>5</sup> "Ne nous Laissons pas Distancer par les Durant".

<sup>6</sup> *L'Ere de L'Opulence*, Ouvrage Cité.

<sup>7</sup> Cf. *Mass Leisure*, Ouvrage Cité.

<sup>8</sup> *Monthly Labor Review*, January, 1958.

les y de técnicos que ocupaban simultáneamente dos empleos en julio de 1957, era el mismo que el de los obreros; además, el porcentaje era más elevado entre los obreros calificados que entre los obreros especializados. En Francia, el 25 por ciento de los obreros; en Annecy tienen un segundo oficio o se ocupan en trabajos complementarios que sobrepasan sus horas legales de trabajo. En 1959 el trabajo "negro" estaba tan extendido en París que una asociación de defensa de los artesanos hizo poner un aviso, diciendo que ellas eran los únicos que garantizaban un trabajo bien hecho y pidiendo al público parisiense que le permaneciera fiel.

Por el contrario, en los países que están poco desarrollados económicamente, el segundo empleo se busca sobre todo para complementar un salario que es insuficiente para satisfacer las necesidades fundamentales de alojamiento, vestido, alimentación. Pero, en estas partes, la noción de necesidad es bastante confusa y movедiza y evoluciona constantemente al aumentar el ingreso medio per cápita y los progresos del bienestar. En la América Latina, el segundo empleo es muy frecuente y está casi institucionalizado (como sucede entre muchos funcionarios municipales de Río de Janeiro). En diversos medios, obreros industriales, empleados, maestros y profesores, se observa el doble empleo, tanto en Argentina, Brasil y Chile, como en algunas ciudades de México. En cuanto a los países de economía colectivista, hacemos mención a una encuesta reciente sobre el cúmulo de responsabilidades en Yugoslavia,<sup>9</sup> esta encuesta demuestra que los obreros ocupan ahí su ocio en parte con su contribución directa y, en principio, voluntaria, a las actividades cívicas (autogestión obrera y comunal), pero también buscan un complemento de salario gracias a este segundo oficio, más o menos confesado: horas suplementarias, trabajos de reparación, de jardinería, agrícolas familiares, etcétera. En Polonia han podido comprobar sobre el terreno hasta qué punto el empleo doble y hasta triple, se ha extendido, tanto entre los trabajadores manuales como entre los intelectuales.

Pero estas motivaciones pueden ser consideradas como transitorias características de condiciones que el equipo y el progreso de la economía necesariamente sobrepasaran.

Lo que es más importante y aun esencial, en la perspectiva que hemos tomado como nuestra, es la búsqueda continua, durante el tiempo libre de suplementos de ingresos en sociedades tan prósperas como la de los Estados Unidos o la de algunos países de la Europa occidental.

<sup>9</sup> Fisera, J. "Enquêtes sus le Cumul des responsabilités en Yougoslavie". *Arch. Internationales de Sociología de la Coopération* (10), Juillet-Dec., 1961, pp. 138-154.

Lo que se discutiría en este caso, sería el mismo sistema económico por cuanto implica un curso no controlado entre producción y consumo, por cuanto suscita necesidades cada vez más artificiales, manifestadas por un equipo material cada vez más complicado y refinado. El hombre de las sociedades prósperas quedaría entonces condenado a ser una nueva especie de Sísifo, que se esforzara por llenar sin cesar un tonel que siempre se vaciara.

Al mismo tiempo que la multiplicación de los empleos dobles, hay que comprobar también otra corriente que ha sido acentuada por la nueva era técnica la proliferación de asociaciones recreativas y el éxodo, fuera de los grandes centros, hacia las afueras más o menos lejanas.

En los Estados Unidos, hacia 1930, en una ciudad yankee, una pequeña población de unos 15,000 habitantes, W. Lloyd Warner contaba cerca de 400 sociedades. Diversos estudios, analizados por CH. R. Wright y Herbert Hyman, en 1958, al mismo tiempo que indicaba que los americanos son, más de lo que se dice, una nación de "comunidades" revelaba que el 36 por ciento de los adultos pertenecían a una asociación por lo menos, sin contar los sindicatos.<sup>10</sup> Los autores de una importante encuesta sobre la industrialización (C. Kerr, J. T. Dulong, F. Harbison, C. A. Myers) prevén, por su parte, que las asociaciones profesionales desempeñarán en el futuro de la vida fuera del trabajo<sup>11</sup> un papel capital. En Francia, en donde no se dispone de cifras, de alcance nacional, las encuestas han demostrado que en una ciudad de cerca de 40,000 habitantes (Annecy) había 200 sociedades activas; y un jefe de familia participaba, por lo menos, en alguna de ellas. Además la participación en los sindicatos, partidos, organizaciones profesionales, etcétera, abarca por lo menos el 25 por ciento de los miembros de estas asociaciones, en tanto que el 75 por ciento pertenecen a asociaciones que organizan el tiempo libre, a las que, por orden de frecuencia, se dedican a la pesca, los deportes, el aire libre, los bolos, la música y diversas actividades culturales. Es posible preguntarse, tanto en los Estados Unidos como en Francia, si la participación en estas sociedades fomenta la participación en la vida cívica, nacional y local.

En Francia, por lo menos, parece que favorecen una especie de réplica del individuo, que se cierra a las corrientes exteriores, a la vida política, social y cultural de su comunidad, su país y su tiempo. Por ejemplo, las sociedades deportivas, fabrican, según G. Magnane, "niños retardados que juegan bien vigilados". ¿El tiempo libre, si se deja entregado a determinadas

<sup>10</sup> "Voluntary Association Memberships of American Adults". *American Sociological Review*, Junio, 1958.

<sup>11</sup> *Industrialism and Industrial Man*. Harvard University Press., 1960.

corrientes que lo arrastran hoy, no correrá el peligro (y hago esta pregunta en relación con los Estados Unidos) lo mismo que con los países evolucionados de Europa de convertirse en un nuevo opio para el pueblo? <sup>12</sup> ¿No se acentúa este riesgo por la plétora de información, proporcionada por los medios de comunicación en masa, que desarrolla entre el pueblo el gusto por la conversación superficial sobre cualquier tipo de tema, es decir, un sustituto de la acción en todos los terrenos?

Este peligro podría agravarse aun más por otra tendencia de la civilización industrial el éxodo de los grandes centros, hacia los barrios residenciales. Se puede prever, con David Riesman, que, mientras más se reduzca la jornada de trabajo, menos numerosas serán las familias cargadas de niños que acepten vivir en la ciudad. El movimiento de éxodo constituye una especie de rebelión contra el nuevo medio técnico que, con mucha frecuencia, no ha podido satisfacer las necesidades del hombre en el trabajo ni después del trabajo. Ahora bien, en la civilización actual y en la del futuro, los problemas del hombre después del trabajo serán cada vez más importantes: si no se tienen en cuenta sus aspiraciones (que él resiente más o menos claramente) si los dirigentes de nuestras sociedades no toman en cuenta estos problemas y no les encuentran soluciones adecuadas, el tiempo fuera del trabajo, entregado a todas las amenazas, mencionadas anteriormente, corre el riesgo de perder todas sus promesas y de echarse a perder.

Al término de estas observaciones, podemos volver sobre nuestro problema inicial. ¿El Hombre de la civilización del mañana, nacido ya con la fábrica atómica y la nueva tecnología, podrá encontrar su realización y su felicidad en el ocio?

Es difícil responder a una cuestión presentada de esta manera, pues hay que tomar en cuenta casos muy diferentes. Los hombres para quienes el trabajo no fue más que una rutina, trabajo repetido, parcial del operador sobre la máquina semiautomática, del montar en una cadena de ensamble, del pequeño empleado de oficina, de la mujer que durante semanas y meses embobina o hace el mismo movimiento sobre una cadena de receptores de televisión, no pierden gran cosa si el centro de gravedad de su vida se desplaza del trabajo hacia el tiempo libre. De hecho, para muchos individuos, ya se realizó este desplazamiento. Para los que manifiestan una afición preponderante, (cualquiera que sea) la lista es prácticamente infinita, desde la fotografía, hasta los modelos reducidos, de la tapicería, a la filatelia, del cultivo de las rosas, o la pintura o al teatro de aficionados, puede efectuarse una reestructuración natural

<sup>12</sup> Cf. Dumazedier, *Ouvrage Cité*.

de la personalidad. Ciertos observadores llegan a predecir, para la sociedad del porvenir, la reaparición de un nuevo hombre artesano, dedicado a la transformación paciente y creadora de los materiales, con la ayuda de utensilios manuales, un nuevo *homo faber*, resucitado por el tiempo libre.

Pero el conjunto de privilegiados, cuya personalidad se beneficia ejerciendo un *hobby* o talento dominante, no constituye más que un islote en medio de la multitud. Para ésta, hay que reconocerlo francamente, la fuerza de su dignidad depende de la forma en que las sociedades del mañana lleguen o no, a dominar la cultura de masas que, en los Estados Unidos y en Europa y aun en los países económicamente subdesarrollados, tiende a absorber día y noche, el tiempo liberado por el progreso técnico. ¿Los hombres y las mujeres del mañana estarán cada vez más intensamente expuestos, durante periodos más y más largos, a la influencia de la gran prensa, de las revistas, de la televisión, las películas, el radio y los tabloides que los inundarán con lo mejor y lo peor, sin que hayan recibido, por educación y por conocimientos, los medios de elección? El ocio, en una nación poblada de ciudadanos libres es esencialmente libertad y elección, comprendiendo en esto la libertad de no hacer nada, el derecho a la pereza. ¿Pero puede la democracia, ante el poder siempre creciente de los medios de masas, conservar una actitud de *laissez faire*? ¿Sin caer en los errores y en las equivocaciones del Dovolaboro fascista o del lema de los nazis que era alegría en la fuerza, no debe la democracia, frente al sector comercializado, extender el sector público del ocio educativo, orientado por valores y programas selectivos, multiplicando las instituciones para este objeto, bibliotecas, museos, conciertos, representaciones teatrales, cine artístico, televisión educativa etcétera? ¿No sería este mismo esfuerzo el que debería justificar, desde ahora, a las sociedades florecientes, en su superioridad cultural, en relación con las sociedades menos desarrolladas? Solamente a este precio será cómo la disminución del trabajo, la pérdida de obligaciones, muchas veces saludables y las ocupaciones benéficas que ofrece a muchos individuos, pueden ser compensadas. El establecimiento de una sociedad de ocio obligará a las sociedades más adelantadas a aceptar sus responsabilidades frente a las ricas posibilidades y también frente a los riesgos inmensos que contienen para la felicidad de los ciudadanos, los medios de masas, portadores de una cultura de masas. ¿Ocio dejado a la libre empresa? ¿Ocio organizado por el Estado? El espacio que separa a la anarquía del despotismo es estrecho. Por eso hay que reconocerla urgentemente, trazar la ruta con prudencia y abrirla ampliamente hacia el porvenir.